

## Lección No. 7.- LOS COMPONENTES DE LA EVANGELIZACION

Es importante distinguir lo que es esencial de lo que le sirve como accesorio

### CAPITULO III CONTENIDO DE LA EVANGELIZACION

#### 25. Contenido esencial y elementos secundarios

Para entender la Religión es de gran importancia distinguir en la evangelización lo esencial de lo accesorio, para no correr peligro de caer en el error de conceder atención primordial a lo segundo con detrimento de lo primero.

La falta de distinción entre lo esencial y lo accesorio ha llevado a las personas y a los pueblos a lamentables malas interpretaciones sobre la Religión, pero no sólo esto, sino que ya desde la evangelización misma, su contenido, sus elementos componentes y los medios y agregados auxiliares y circunstanciales, no siempre han sido entendidos con claridad, sea porque no se les tuvo en cuenta, sea que se dio más importancia a lo secundario sobre lo primario, sea, en fin, porque aun lo meramente circunstancial fue más estimado que lo sustancial que merecía la mayor consideración.

Por esto debemos apreciar estos componentes por separado:

- esencial** es el elemento constitutivo de la cosa, lo que no se puede eliminar sin alterar la cosa misma. Esto es así porque lo esencial es la sustancia misma de la cosa. Rigurosamente hablando, si lo esencial desapareciera, la cosa dejaría de existir; si lo esencial se alterara, la cosa sería dañada en su mismo ser.
- conexos** a lo esencial pueden encontrarse elementos valiosos que en mucho contribuyen a que lo esencial subsista, a grado tal que, si lo conexo se retirara, lo sustancial podría desaparecer. Ejemplo: la vida de un árbol radica en el núcleo vivo de su tronco, que como elemento vital sostiene la existencia de toda la planta; la corteza en cambio, es un elemento antiguo, ya sin vida, *que protege* al núcleo. La corteza ya no tiene vida, pero si se arrancara al árbol, el núcleo moriría. La corteza, se puede decir, es un elemento *conexo* a lo que es esencial en la vida del árbol. Sin la corteza no subsistiría la vida, aunque la corteza ya no es parte vital del árbol.
- accesorios** o **auxiliares** son los elementos añadidos que sostienen a lo esencial y a lo conexo; la utilidad que proporcionan puede variar, y por tanto su importancia también; pueden estar presentes o pueden desaparecer con más o menos ventajas y desventajas para la cosa, pero ni le son esenciales, ni ponen en peligro su subsistencia. En el árbol podrían ser los pies de apoyo artificial que se colocan para sostener las ramas cargadas de fruta, que amenazan romperse.
- circunstanciales**, también de importancia variable, son las diversas situaciones ajenas a la cosa de que ella está rodeada, las que pueden proporcionarle

o causarle daño. Considerando únicamente las favorables, pueden ser objeto de consideración a veces, otras no tanto, por lo que de haber algún inconveniente, podrían desecharse. Ejemplo: la barda que protege al árbol del viento, pero que le tapa el sol en el invierno. Se estudiaría qué es más importante, si conservarla o no.

Los elementos secundarios, accesorios y circunstanciales pueden desaparecer, sin alteración o detrimento de lo que es esencial, y hasta podrán eliminarse ciertos elementos secundarios, si lo esencial se mantiene.

Se deja ver pues la importancia de los elementos esenciales y la gravedad del problema que se crea cuando, por no apreciarlos, al anunciar el Evangelio se da preferencia a lo accesorio sobre lo esencial. Definir qué es lo esencial que no debe afectarse, y qué lo accesorio que sí puede ser modificado –y aun eliminado– es muy importante.

## 26. Un testimonio al amor del Padre

Lo primero en la evangelización es explicar el misterio de Dios en su esencia una y trina: *Padre, Hijo y el Espíritu Santo*:

☑ **El Padre**, quien quiere que el misterio de su esencia sea revelado y conocido por los hombres; es el Hijo quien nos ha revelado este misterio, revelación que quedó consignada en el Evangelio: *“A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado.” (Jn 1,18).*

☑ **El Hijo, Jesucristo**, a su vez, nos es revelado en su grandeza divina por el mismo Padre, quien lo glorificó en su humanidad transfigurada: *“Todavía estaba hablando (Pedro) cuando una nube los cubrió, y salió de la nube una voz que decía: ‘Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.’” (Mt 17,5).*

☑ **El Espíritu Santo**, quien a su vez, es anunciado por Cristo como la Promesa del Padre: *“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir.” (Jn 16,13).*

☑ **Las tres Divinas Personas** se revelan y se glorifican en común dentro de la unidad trinitaria: *“El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros.” (Jn 16,14-15).*

☑ El siguiente paso del anuncio es la revelación del amor de Dios al hombre, al grado de que el mismo Dios llega a inhabitar dentro de él: *“Si alguno me ama guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él.” (Jn(14,23).*

☑ De esta manera, cuando es dócil a la influencia de la Santísima Trinidad que vive en él, el hombre comienza a dar fruto, fruto que redunda en la glorificación del Padre: *“La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y así seréis mis discípulos.” (Jn 15,8).*

☑ Consecuencia de todo esto: la vida comunitaria que dando gloria a Dios hace que entre nosotros seamos hermanos y en el amor de Dios constituyamos la gran familia de Dios: *“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1 Jn 3,1).*

Paulo VI toma en cuenta la existencia de hombres que, por no haber tenido oportunidad de conocer al verdadero Dios, lo buscan a ciegas, lo llaman con otro nombre, en fin, buscan la verdad en el Dios desconocido: *"Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: 'Al Dios desconocido'. Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar."* (Hch 17,22-23).

La Revelación aparece como un regalo, y en su actividad conjunta las tres Divinas Personas aparecen como los donadores de este regalo, don gratuito al hombre.

Esta noticia es fundamental para iniciar la evangelización, y la fe en el *misterio trinitario* y a la vez *unitario de Dios* debe anteceder a todo otro anuncio porque en ello se define su esencia. Esto toma actualmente capital importancia debido a la pro-liferación de las sectas que niegan la Unidad y Trinidad en Dios, con particular ataque a la Persona del Hijo, de quien afirman que tan sólo es la **criatura excelente de Dios**, y a la del Espíritu Santo de quien dicen ser únicamente la **fuerza de Dios**.

Lo segundo en la evangelización es declarar que Dios es *amor por esencia*, y que llevado de ese amor hacia sus criaturas –los hombres en particular–, dio origen a cuanto existe poniéndolo todo al servicio del hombre por puro amor a él; al cual, también por amor, tras de crearlo inteligente y libre para regir el mundo, destinó a poseer la vida eterna. Es el anuncio del misterio de la futura resurrección de la carne, para todo hombre importantísimo porque en él está la perdurabilidad de nuestra vida.

Es primordial que el que es evangelizado llegue al claro concepto de que ese Dios Creador no es simplemente una «fuerza creadora», la «Naturaleza inconsciente» que aparece como una maravilla, pero sin sentido de *persona*, de Ser inteligente, ajena a lo que les sucede a las criaturas; un «*poder anónimo y lejano*», esto es, sin nombre y sin interés por sus criaturas, en particular por el hombre.

Dios no es así; se comporta como un Padre que cuida de sus criaturas como hijos. San Pablo así lo atestigua: *"En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! (Rm 8, 14-25).*

Consecuencia de todo esto es que, al sentirnos todos dependientes en nuestra naturaleza de ese Dios que es Padre para nosotros, tenemos que vemos entre nosotros unidos con la estrechez de hermanos, hijos y familia del mismo Dios, con todas las consecuencias de relación fraterna entre nosotros y filial respecto a Dios, que nos unen realmente en una sola familia humana.

Esto lo enseña así San Juan: *"Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!... Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos... Y hemos recibido de El este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano."* (1 Jn 3,1y 14; 4,21).

La nota n. 3 al pie, tras de citar a San Pablo, invoca lo declarado por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe en su "*Declaración para defender la fe de algunos errores recientes sobre los misterios de la Encarnación y de la Santísima Trinidad*". Es necesario hacer hincapié en todo esto al hacer el anuncio.

## 27. Centro del mensaje: la salvación en Jesucristo

Todo lo antes enunciado, con ser fundamental, es a la vez antecedente para llegar a lo que constituye el centro, base y culmen de la evangelización: *nuestra salvación en y por Jesucristo*.

El anuncio de la salvación es la base de la evangelización en cuanto que —para siempre— será lo más importante para el hombre descubrir que tras de una vida que se acaba, tras de un cuerpo que se destruye, existe una inmortalidad de feliz resurrección, a la que tenemos acceso por medio de la acción redentora de Jesucristo, el cual por su Resurrección gloriosa vino a constituirse en *prenda, garantía y realidad* de nuestra futura resurrección:

- Es prenda** por cuanto nos hace indudable que si **un hombre ha resucitado**, para vivir eternamente en su alma y su cuerpo humanos al lado del Padre, ya todos los hombres estamos en posibilidad de llegar al mismo felicísimo destino.
- Es garantía** de resurrección gloriosa para todos los que se duelen de perder esta vida pasajera en el mundo: se nos cambia la habitación que se desmorona por una mansión eterna, una vida de dolor y decepción por un goce inacabable en la verdad, la paz y el amor en Dios, que no conoce engaño ni falsedad.
- Es una realidad**, la única realidad para la que hemos venido al mundo, un mundo que es la antesala de espera y merecimiento; la *realidad* es que no fuimos creados sino para ir allá, y que en Cristo se nos ha devuelto esa posibilidad.

Esta feliz noticia ha de ser antecedida por el anuncio del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, un anuncio preeminente es explicar cómo empieza la existencia humana de quien para nuestro bien, empieza por hacerse verdadero hombre, *uno de nosotros*, sin dejar de ser verdaderamente Dios.

De este modo quedará plenamente expuesto todo lo que conocemos como el «*Plan de la Salvación*».

El Plan de la Salvación y su realización lo califica Paulo VI como «*don de la gracia y de la misericordia de Dios*», expresión que merece ser atendida y entendida debidamente en toda su magnitud:

- Es don**, esto es *regalo de Dios* a los hombres, lo que implica que *ni lo hemos merecido, ni nos ha costado, ni lo hemos pagado*. Muy importante para sopesar cuánto es lo que Dios nos ama, al punto de que: "*...tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*" (Jn 3,1). Es al Padre a quien le costó, fue El quien pagó con la vida y la sangre de su Hijo amadísimo.
- Y siendo un don, lo es **de misericordia**. Y así, hablando de la resurrección que el Padre nos ha reservado exclama San Pablo: "*Dios rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos*

nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— y en él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar **en los siglos venideros** la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (Ef 2,4-7).

En esta expresión *en los siglos venideros* ¡somos nosotros los que viviríamos! Y este **don de misericordia** se realizó cuando, como dice San Pedro, "... vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos." (1 P 2,10).

Es de suma importancia que el mensaje sea claro en afirmar de manera terminante tres cosas:

- que Jesucristo es el Hijo de Dios, y Dios igual al Padre por igualdad de sustancia y naturaleza, y se hizo hombre para ser a la vez Dios y hombre verdadero,
- que realmente padeció, murió y resucitó *por nosotros y por nuestra salud*.
- que únicamente por Jesucristo nos llega a todos los hombres la salvación.

Pasa Pablo VI a enseñar la manera de ser de esa salvación, con intención de evitar una desviación a la que hoy se tiende con frecuencia: «No es una salvación puramente inmanente» (in = dentro; manere = permanecer; por *inmanente* se entiende aquello que por ser una cualidad propia del ser, no sale de él. Inmanente es lo contrario a *transeúnte* y *trascendente*, lo que pasa de un ser a otro), es decir, la salvación que se da en Jesucristo no es algo que surge en el interior de la persona humana como algo *inmanente* y *suyo*, originado en ella y que en ella permanece, sino que la salvación nos viene de Dios como un acto *trascendente* suyo, que sale de El y va hacia fuera de El, a sus criaturas igual que su actividad creadora. No nos hemos creado: El nos creó; no nos hemos salvado, sino que El nos salvó.

Así como para creamos de El surgió la creación, también de El nos viene la salvación. Nadie puede crearse ni salvarse a sí mismo; la salvación como la creación, originada en un acto de *designio* del Padre, nos llegó por Jesucristo.

La importancia de entender la salvación como un acto trascendente de Dios y no un acto inmanente en el hombre es que, viniendo la salvación de Dios, el hombre se une a su Salvador por causa de la salvación; en tanto que si la salvación fuera algo inmanente en el hombre, éste sería salvo de manera independiente de Dios, desligado de su Salvador. Y así Cristo lo dijo: "...porque separados de mí no podéis hacer nada." (Jn 15,5), y menos aun podríamos salvarnos solos. San Juan lo expresa así: "Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre, y esta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna." (2 Jn 2,24-25).

Si la salvación fuera inmanente, originada en el hombre, la salvación ocurriría sólo como algo propio de la vida temporal del hombre: sería la satisfacción de sus necesidades materiales y nada más: comida, vestido, libertad, justicia social, etc.; o acaso sus necesidades espirituales conexas a la materia, como el respeto a la dignidad de la persona, justicia en el espíritu y demás virtudes que afectan el comportamiento de la persona en lo temporal, sin trascendencia a la vida eterna.

Y así, cualquiera de los héroes civiles lo más que pudo hacer por los demás fue esto y nada más que esto pudo hacer por los demás. Jesucristo por designio el

del Padre, nos da la vida eterna.

Por eso la salvación de Dios es además *escatológica* (ταεσχρατα, ta esjata, las últimas cosas, el extremo; λογος, logos, tratado, tema; escatología es lo que trata las cosas últimas que habrán de venir) es decir, trasciende la vida temporal para hundirse en la vida eterna. Somos salvos no para nuestra vida en este mundo, sino para nuestra eterna existencia en el más allá.

Quiere Paulo VI prevenimos de un error, cuyas consecuencias —que pueden llegar a ser graves— desvían al hombre a buscar antes —y a veces únicamente— el bien temporal, y a desligarse poco a poco de Dios, *el único Absoluto*, esto es, en quien radica todo bien y hacia el cual marchamos como a nuestro último fin.

Por *absoluto* se entiende aquello que subsiste por sí mismo, que no requiere de otro para existir, todo lo que no es así es *relativo*, esto es, **guarda relación** con aquél que lo creó, de quien él depende, de cuya voluntad resulta que él viva o no.

## 28. Bajo el signo de la esperanza

Cosa consecuente es que la *evangelización* ha de obedecer en sus características a la *salvación* que anuncia. La una ha de ser semejante a la otra. Por tanto, el contenido del *anuncio* debe de referirse, ante todo, a la **vocación escatológica** del hombre. El hombre tiene relación a la vez con la vida presente, pero el hombre es diferente esta vida. En apoyo a esto nos propone estos pasajes de la Escritura:

*“Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifeste, seremos semejantes a El, porque Le veremos tal cual es” (1 Jn 3,2)*

*“Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a Sí todas las cosas.” (Flp 3,20-21).*

Todo esto lo recuerda Paulo VI para convencernos de que no hemos de quedarnos en la dimensión temporal, sino que nuestro anuncio debe estar impregnado de esperanza en el Padre; de amor en los dos sentidos: el del Padre hacia nosotros y el nuestro hacia El; luego el amor entre nosotros como consecuencia de nuestra unión *en el mismo Padre que lo es de todos*; el amor de entrega de unos a otros que constituye la convivencia perfecta, el «*nucleo*» o substancia central del Evangelio.

Llama el Papa «*misterio*» al mal. Efectivamente, dentro de este concepto «*mal*» se encierra para nosotros algo incomprensible, pues si el mal es contrario a la naturaleza del ser; si, por otra parte, Dios es infinitamente sabio y poderoso, ¿por qué permite la existencia del mal pudiendo eliminarlo? ¿por qué sabiendo que el hombre pecaría lo creó? Existen respuestas de supuestos más o menos satisfactorios que no aclaran el misterio. Lo único cierto es que Dios quiere que combatiéramos ese mal y que sembráramos el bien, y nos da los medios para hacerlo.

Siendo Dios el sumo bien, el anuncio debe contener *la necesidad que tenemos de Dios* a quien podemos encontrar fácilmente, unimos y dialogar con El por medio

de la oración.

En particular se refiere al encuentro en la Iglesia que –como signo visible de unidad y salvación– realiza la comunión *entre nosotros* y de *nosotros con Dios*.

Da una forma muy importante –y a veces olvidada– de encuentro con Dios por medio de los sacramentos, temiendo que se despoje a la evangelización de ellos como un elemento integrante de ella que son, o que –peor aún– se quiera evangelizar prescindiendo de los sacramentos, desechándolos como algo innecesario.

Los considera tan necesarios que usa un discurso de lógica para explicarlo: si la evangelización pretende implantar y extender la Iglesia que es el Reino, y los sacramentos son como el respiro espiritual de ella, particularmente la Eucaristía, necesariamente la evangelización deberá buscar que el que es evangelizado viva la vida sacramental, la cual no impide la evangelización, sino que la afirma.

## 29. Un mensaje que afecta a toda la vida

El Evangelio ha de llegar a influir de tal modo en la vida de cada hombre, que no sólo lo transforme a él, sino que a través de él la sociedad sea transformada; de manera recíproca unas veces, sustitutiva otras, de cooperación las más, los evangelizados han de coadyuvar a transformar del mundo en sus diversos ambientes.

Indica el Papa que, para que la evangelización sea completa, tiene que darse una *«interpelación»*, una compenetración y comprensión entre el Evangelio y las realidades humanas, tanto a nivel personal como social. El evangelizador debe estar consciente de esa realidad y adaptarse a ella. En esto se han de dar dos situaciones:

**la «evangelización de la cultura»**, cuando pensamiento, comportamiento y costumbres llegan a ser conforme la doctrina de Cristo.

**la «inculturación del Evangelio»**, cuando la evangelización se hace adaptando sus métodos y expresiones a las realidades de cada comunidad.

La evangelización ha de hacerse al modo de la cultura para ser presentada al hombre y a la sociedad de manera *comprensible* y *adaptable* a su modo de ser:

El mensaje debe ser:

**explícito**, esto es, abierto, claro, inteligible; de tal manera que en todas las circunstancias del hombre y de la sociedad encuentre plena comprensión,

**envolvente**, todo aquello que constituye la vida del hombre y de la sociedad debe ser abarcado,

**fundamental**, comenzando por el núcleo elemental de la sociedad que es la familia, la cual, cuando es evangelizada se vuelve una garantía de la evangelización de sus miembros. La multiplicación de familias evangelizadas integrará la sociedad evangelizada; la multiplicación de sociedades evangelizadas evangelizará al mundo. Como si dijera: *«el método es este, pongámonos en marcha.»*

Los valores que con esto se implantarán serán los cristianos del Sermón del Monte: la paz, la justicia, el desarrollo armónico y equilibrado de los factores que perfeccionan tanto la vida temporal, como la moral y la espiritual de todo hombre.

### 30. Un mensaje de liberación

¿Por qué ha querido Paulo VI llamar la atención fuertemente, con gran énfasis, sobre este concepto de la «liberación»? Puede decirse que porque está de moda.

Ahora bien, cuando se pone de moda un tema negativo como éste, anunciamos que existe un mal, pues aunque por liberación entendemos algo positivo: la *libertad*, lo real es que cuando se pone de moda la palabra *liberación*, esto implica que existe un hecho negativo que se debe eliminar, y tenemos que aceptar por tanto que existe un mal. Cuando hablamos de desratizar una casa, anunciamos algo que es bueno, pero estamos aceptando que el mal de la invasión de ratas dentro de la casa existe, y esto es un hecho negativo.

Del mismo modo, cuando hablamos de una liberación necesaria para la humanidad, estamos confirmando que existe todo ese cúmulo de males que dice Paulo VI que pesan sobre los pueblos para colocarlos «*al margen de la vida*», es decir, a la orilla de la muerte; males que él enumera:

- hambre**, un mal extraño que proviene de la falta de producción, sobre todo agrícola, y de la mala distribución de los alimentos, a veces intencionada.
- depauperación**, que es mucho más que la pobreza sola, pues quiere decir que faltan medios de producción, hasta quedar en la impotencia de salir de la pobreza misma, y así marchar de abismo en abismo a la ruina total.
- injusticia entre las naciones**, igual que entre los hombres, porque en los tratos comerciales el fuerte impone al débil condiciones saturadas de ventajas.
- Neocolonialismo o neoliberalismo** es una forma nueva de explotación, en que ya no hay que preocuparse por gobernar al explotado pues basta con instalar gigantescas empresas comerciales que se lleven las utilidades al país de origen, dejando en el país explotado tan sólo los sueldos necesarios. En el aspecto cultural, las escuelas científicas extranjeras cobran precios altísimos para dar oportunidad de instrucción a unos pocos, y luego se llevan los mejores en lo que es el «robo o fuga de cerebros», dejando al país de origen sin oportunidad de avance.

Indica el Papa que hacer que desaparezca todo eso es un deber de la Iglesia. Parece conveniente relacionar esta reflexión con esta otra: *la Iglesia soy yo*, cada uno de nosotros. Aquí aparece una realidad: es deber de cada uno de nosotros hacer que tanta problemática tenga solución. Pues decir que la Iglesia debe resolver quiere decir también que cada uno de nosotros unido a los demás.

Tres actividades concretas a realizar: ayudar a que se dé esa liberación; ayudar a su generalización por medio de nuestro ejemplo, y ayudar a que llegue a ser de todos, en todas partes, en todos los aspectos, en todas las formas posibles; sólo así será total la liberación.

Paulo VI nos va a explicar después, en la lección No. 8, por qué la liberación es algo necesariamente ligado con la evangelización, por qué la evangelización debe ocuparse de la liberación. Aunque no es de ningún modo tarea o misión esencial de la Iglesia, veremos cómo se liga la liberación con la misión esencial de la Iglesia que es la evangelización, al punto de que no se puede realizar esta misión sin llevar a cabo simultáneamente la liberación de la persona que se evangeliza.